



Francesc-Andreu Martínez Gallego

En València se publica la mejor revista de historia social de España y una de las mejores de Europa y el mundo. Las lágrimas que lloran las carencias de un país y que, cada vez más, se vierten para entablar caminos de victimización ante entes imaginarios, nublan el reconocimiento de las propias calidades (y hasta la denuncia de las propias corrupciones). El caso es que *Historia Social*, que así se llama la mejor revista de historia social que se hace en España, saca su número 100 y ello es motivo de regocijo y reflexión. Como se trata de historia, más de lo segundo que de lo primero.

*Historia Social* se hace en València y desde sus orígenes la impulsan dos próceres del conocimiento histórico que un día decidieron sumarse al campo de la agitación historiográfica. Se trata de Javier Paniagua Fuentes y José Antonio Piqueras Arenas. Paniagua es muy conocido por su reiterada condición -en cuatro legislaturas, las que comenzaron en 1986, 1989, 1993 y 1996- de diputado a Cortes o por haber ocupado la dirección general de Educación de la Generalitat Valenciana entre 1983 y 1986, pero su fuste fue siempre el de un historiador volcado en el estudio de los movimientos obreros y de la sociedad contemporánea. Sus trabajos sobre el anarquismo y el socialismo abrieron caminos en la década de 1980. Por otra parte, tras dedicar algunos años a la enseñanza secundaria y ganar en ella una cátedra en 1975 en el INB de Sueca, se convirtió en profesor de Historia Social y del Pensamiento Político de la UNED y dirigió el Centro Alzira-Valencia de la UNED «Francisco Tomás y Valiente», en dos etapas, 1978-1983 y 2000-2016. Esto último es clave para entender *Historia Social*: la revista se vinculó desde sus orígenes a la UNED valenciana, esa fue su cara y algunos quisieron convertirla en su cruz. José Antonio Piqueras, hoy catedrático de Historia en la Universitat Jaume I, centro en el que trabaja desde 1991, estaba preparando su tesis doctoral en la década de los ochenta, pero, al mismo tiempo, había publicado libros de extraordinaria relevancia vinculados temáticamente a la historia de la educación y del socialismo valenciano, así como a los orígenes sociales de la revolución de 1868, a la que dedicó dos libros en colabora-

# Historia Social cumple cien números

La mejor revista de historia social de España se publica en València y si quiere saber sobre el anarquismo, el asociacionismo femenino en tiempos de República o sobre el infierno que vivieron algunos españoles en Mauthausen, tendrá que seguir visitando -o comenzar a visitar- las páginas de «Historia Social».

ción de Enric Sebastà, maestro de historiadores sociales. Entre 1986 y 1993, fue director del Centro de Valencia de la UNED, y de ahí la cercanía y la amistad con Paniagua, ingrediente esencial para entender la fundación de *Historia Social*.

El empuje de aquella dupla fue extraordinario. En 1980 y en 1982 organizaron, en Barx i en Valencia, sendas jornadas que reunieron a los mejores historiadores españoles del movimiento obrero y de los movimientos sociales para abrir el debate. La revista *Debats*, que por entonces dirigía con mano maestra y perfecto equilibrio entre lo local y lo cosmopolita, Marius García Bonafé, dio cuenta de aquellas jornadas, y aún amplificó los contenidos y los debates que allí se habían suscitado, publicando artículos de autores anglosajones, franceses e italianos muy vinculados a los cambios que se operaban en la historiografía internacional.

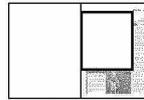
El salto lo dieron en 1988, tras haber creado en año anterior el Instituto de Historia Social, dependiente del Centro Alzira-Valencia de la UNED. Fue el año de creación de la revista, que desde entonces publica tres números al año, con una portada, una maquetación y un derroche fotográfico especialmente cui-

dad, que surgió de la mano del diseñador gráfico Víctor Pompeo Devicienti.

El título de la revista era y es una reivindicación a dos bandas. En primer lugar, Historia. A continuación, Social, historia social. Cuando nació *Historia Social*, la historia, entendida como disciplina académica, parecía gozar de una espléndida salud, pero todo cambió unos pocos años después. En 1989

caía el Muro de Berlín y en 1992 Francis Fukuyama publicaba *El fin de la Historia y el último hombre*, en el que el vaticinio era rotundo: el libre mercado o la democracia liberal se había impuesto tras la Guerra Fría y la caída de la Unión Soviética y ello deparaba algo así como el escenario final de





la humanidad. El libro suponía llevar al rincón de pensar el eje sobre el que había pivotado la historia social desde su emergencia tras la Segunda Guerra Mundial: la explicación del cambio. De hecho, toda historia que se hubiese basado en teorías vinculadas al cambio social -es especial, las vinculadas al conflicto- se vio arrinconada por una agresiva hueste de militantes en el relativismo posmoderno, que fiaban sus nuevas narrativas -poéticas dijeron algunos- no a la investigación en fuentes archivísticas sino en los discursos. Lo moderno, esto es, lo posmoderno, era resucitar al Nietzsche de «las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son». El arduo trabajo del taller del historiador, que consistía en cotejar la

minuciosa tarea de archivo, hemeroteca o fuentes de cualquiera otra naturaleza con sus hipótesis de partida, parecía vencido por la fuerza de las nuevas circunstancias: ¿para qué buscar las claves del cambio si, finalmente, el cambio histórico había sido abolido? Pero *Historia Social* resistió.

Con una dirección entusiasta y unos consejos de redacción y de asesores decididos, dio en publicar artículos de autores españoles y de universidades del mundo entero que, en vez de entender el momento como «el fin de la historia», lo asumían como una oportunidad para diversificar sus preguntas de investigación, para suscitar nuevos problemas historiográficos todavía no resueltos.

La historia social no se contraponía, en las páginas de la revista a ninguna otra orientación historiográfica, a condición de no centrarse exclusivamente en las élites y de abordar de manera concreta las experiencias históricas de la gran mayoría de la población humana. Había mucho que decir. A lo largo del tiempo, los hombres y las mujeres que no pertenecieron a los grupos dominantes tuvieron poco acceso a la palabra escrita y a la visibilidad social. Era relevante atender a sus cuitas, a sus luchas, a sus esperanzas. No se trataba de nostalgia por caminos ciegos de la historia, antes, al contrario, por caminos que, con mil y una revueltas, acabaron encontrando un destino, por defini-



## *El título de la revista era y es una reivindicación a dos bandas. En primer lugar, Historia. A continuación, Social, historia social.*

ción, provisional. La dificultad para estudiar a grupos dominantes y dominados desde una perspectiva social tenía grandes talentos -Thompson, Hobsbawm, Scott, Kocka, Sewel, Aguhon, Farge, Palmer, etc.- y todos escribían en *Historia Social*, pero, además, se podía ver, a través de investigaciones próximas sobre la mujer, los obreros y obreras, las gentes proscritas, los movimientos sociales más variados, las formas de sociabilidad, las de socialización masiva, etc., cómo los historiadores sociales respondían de forma creativa a la comprensión de la textura social del pasado, recurriendo a las clásicas fuentes archivísticas e impresas, pero también a datos cuantitativos, a la cultura material y visual, a las historias orales, etc.

Mientras otras tipologías historiográficas se han dedicado, como decía Ralph Samuel -también presente en la revista- a solucionar los problemas que ellas mismas creaban, la historia social bajaba a ras de suelo, se ocupaba de la gente corriente y de su relación con los grupos dominadores. No se trataba de convertirse en una historia militante, en el sentido político o sindical del término, pero sí en el sentido humanístico del término: a la historia social le importan las personas.

La revista *Historia Social* hizo otra cosa. Mantener con firmeza el diálogo que la historia viene manteniendo con otras ciencias sociales desde la década de 1940. En vez de vindicarse como un tropo literario, en sus páginas la historia se construye como diálogo permanente entre presente y pasado, como materia con ambición teórica y no solo empírica, como compañera de viaje de la sociología, la antro-

pología, la economía, la iconografía, la lingüística y todas aquellas especialidades que aporten nuevas perspectivas de abordaje de ese mayúsculo objeto de estudio que son las gentes en pos de sus sueños pero cargadas con la mochila de todas esas circunstancias no elegidas y legadas por el pasado: «la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos», dijo un lúcido Marx en *El dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte*.

El empuje, a contracorriente, de *Historia Social*, también ha generado crisis. Arrollados por la fuerza de la «muerte de los grandes relatos», como dijo uno de los padres del posmodernismo Jean-François Lyotard, pensando muy especialmente en las narrativas surgidas de la Ilustración y que habían utilizado los historiadores para forjar sus claves teóricas, algunos historiadores dieron un paso al lado. Se bajaron de la historia social o pretendieron hacerla irreconocible desde sus entrañas. Algunos, como no podía ser de otra manera, estaban en el Consejo de Redacción de *Historia Social*. En 2006, lo abandonaron Manuel Pérez Ledesma y José Álvarez Junco. Pero, para su suerte, la revista, que desde 1994 dependía de la Fundación Instituto de Historia Social, con lo cual garantizaba su independencia, el resto de los miembros del consejo reaccionó cerrando filas y afirmando la pluralidad de visiones que congregaba la revista. Paniagua ha escrito en algún lugar, y vale la pena tenerlo en cuenta, que tras la defeción no había solo razones historiográficas, sino también algo muy humano: lo mucho que costaba a determinados académicos, con visión ciertamente centralista, congraciarse con una revista hecha desde Valencia y que, sin embargo, era la mejor revista de historia social que hubo y hay en España.

Cien números. ¡Ahí es nada! Y si el lector inquieto quiere saber cómo se investiga bien sobre la dote en la Edad Moderna o sobre el anarquismo en la Contemporánea, sobre asociaciónismo femenino en tiempos de República o sobre el infierno que vivieron algunos españoles en Mauthausen, tendrá que seguir visitando -o comenzar a visitar- las páginas de *Historia Social*. ¡Felicidades! Y, sobre todo, mucho ánimo para seguir con una tarea necesaria, impagable, gigantesca: seguir afirmando, no con fe, sino con evidencias, que la historia la hacen los hombres y las mujeres. Esa es la verdad, y que le den a Nietzsche.

